

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

Most of us have enough theological understanding concerning Jesus and the Sacrament of Baptism that some may ask the question: Why did Jesus need to be baptized? The Gospel of Matthew concerning the Baptism of the Lord tackles the question head on.

First, we ought to remember that the baptism of John the Baptist was a baptism of repentance. Repentance is an act of “turning away” from sin toward grace. That’s the reason why John said to Jesus, “I need to be baptized by you...” Of course, Jesus didn’t need to repent from any sins, neither the one we humans share in because of the fall of Adam and Ever, nor any personal sins committed in life. Jesus didn’t have to “turn away” from sin. But Jesus did need to turn toward grace as he replies to John, “Allow it for now, for thus it is fitting for us to fulfill all righteousness.”

In this case, Jesus’ submission to grace is an “inaugural” moment in his life, and in the life of the Church. Today’s passage from Acts of the Apostles has Saint Peter makes the following apologetic to those gathered, “You know the word that God sent to the Israelites as he proclaimed peace through Jesus Christ....beginning in Galilee after the baptism that John preached, how God anointed Jesus of Nazareth with the Holy Spirit and power. He went about doing good and healing all those oppressed by the devil, for God was with him.” Jesus’ baptism by John is the moment Jesus’ earthly mission begins, a mission that brings peace through the remission of sins.

Jesus’ baptism is an inaugural moment for the Church as well. The commission of the Church to baptize for the forgiveness of sins begins with Jesus in the Jordan. Baptism thus became the primary institution, mystery or sacrament of the Church’s mission. As much as every member of the Church becomes sinless in Christ Jesus, so each one of us, at our baptism, has an “inaugural” moment for our own personal lives as well as an incorporation into Christ through the Church and its perennial mission to forgive sins.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

La mayoría de nosotros tenemos suficientes conocimientos teológicos sobre Jesús y el sacramento del bautismo como para que algunos se pregunten: ¿por qué Jesús necesitaba ser bautizado? El Evangelio de Mateo sobre el bautismo del Señor aborda esta pregunta de frente. En primer lugar, debemos recordar que el bautismo de Juan el Bautista era un bautismo de arrepentimiento. El arrepentimiento es un acto de “alejarse” del pecado hacia la gracia. Esa es la razón por la que Juan le dijo a Jesús: “Yo necesito que tú me bautices...”. Por supuesto, Jesús no necesitaba arrepentirse de ningún pecado, ni del que compartimos los seres humanos debido a la caída de Adán y Eva, ni de ningún pecado personal cometido en la vida. Jesús no tenía que “alejarse” del pecado. Pero Jesús sí necesitaba volverse hacia la gracia, como responde a Juan: “Déjalo por ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia”.

En este caso, la sumisión de Jesús a la gracia es un momento “inaugural” en su vida y en la vida de la Iglesia. El pasaje de hoy de los Hechos de los Apóstoles presenta a San Pedro haciendo la siguiente apología a los allí reunidos: “Vosotros sabéis la palabra que Dios envió a los israelitas cuando proclamó la paz por medio de Jesucristo... comenzando en Galilea, después del bautismo que predicó Juan, cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder. Él anduvo haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”.

El bautismo de Jesús por Juan es el momento en que comienza la misión terrenal de Jesús, una misión que trae paz a través de la remisión de los pecados.

El bautismo de Jesús es también un momento inaugural para la Iglesia. La comisión de la Iglesia de bautizar para el perdón de los pecados comienza con Jesús en el Jordán. El bautismo se convirtió así en la institución, misterio o sacramento principal de la misión de la Iglesia. Así como cada miembro de la Iglesia se vuelve sin pecado en Cristo Jesús, cada uno de nosotros, en nuestro bautismo, tiene un momento “inaugural” para nuestra vida personal, así como una incorporación a Cristo a través de la Iglesia y su misión perenne de perdonar los pecados.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**
ASSISTANT PASTOR

“Tú eres mi Hijo amado” La Fiesta del Bautismo del Señor cierra el tiempo de Navidad y abre solemnemente el camino de la vida pública de Jesús. No es un simple recuerdo de un gesto ritual, sino una revelación profunda del modo como Dios actúa y del camino que Cristo elige para salvarnos. En el Jordán, Jesús se manifiesta no desde el poder, sino desde la humildad; no desde la distancia, sino desde la cercanía con los pecadores. La primera lectura del profeta Isaías nos presenta la figura del Siervo del Señor, elegido y sostenido por Dios, en quien Él se complace. No se trata de un líder violento ni de un conquistador que impone su fuerza. Es un siervo manso, que no grita ni quiebra la caña resquebrajada, que no apaga la mecha humeante. Su misión es restaurar, sanar, liberar y devolver la dignidad. Este texto ilumina profundamente el bautismo de Jesús: Él es ese Siervo anunciado, enviado para abrir los ojos de los ciegos, liberar a los cautivos y sacar de la oscuridad a quienes viven en tinieblas. Desde el inicio de su misión, Jesús se presenta como aquel que carga con la fragilidad humana para transformarla desde dentro. En los Hechos de los Apóstoles, Pedro proclama una verdad central de la fe cristiana: Dios no hace acepción de personas. Jesús de Nazaret pasó haciendo el bien y sanando a los oprimidos porque Dios estaba con Él. El bautismo en el Jordán marca el comienzo de este camino de servicio. Ungido por el Espíritu Santo, Jesús no se reserva para sí mismo esa unción, sino que la convierte en misión. Su vida entera será una entrega constante a favor de los heridos, los excluidos y los olvidados. El Espíritu recibido no lo separa del mundo, sino que lo envía al corazón de la historia humana. El Evangelio según san Mateo nos introduce en el momento culminante: Jesús se acerca a Juan para ser bautizado. No lo hace porque lo necesite, sino para cumplir toda justicia. Se coloca en la fila de los pecadores, se sumerge en las aguas donde tantos buscan conversión, y allí Dios se revela plenamente. El cielo se abre, el Espíritu descende y la voz del Padre declara: “Este es mi Hijo amado, en quien me complace”. En ese instante se manifiesta el misterio trinitario y se revela la identidad profunda de Jesús: Hijo amado que vive en total comunión con el Padre y docilidad al Espíritu. Esta fiesta nos invita a volver a nuestro propio bautismo. No como un recuerdo lejano, sino como una llamada viva y actual. En el bautismo, también nosotros hemos sido sumergidos en el amor de Dios, ungidos por el Espíritu y llamados hijos. Ser bautizados significa asumir el mismo camino de Jesús: un camino de humildad, de servicio, de fidelidad y de compromiso con la justicia del Reino. Significa dejar que el Espíritu nos impulse a pasar haciendo el bien, a sanar heridas, a iluminar oscuridades y a construir una Iglesia cercana, compasiva y fiel al Evangelio. Celebrar el Bautismo del Señor es renovar nuestra identidad y nuestra misión. Es escuchar de nuevo la voz del Padre que nos dice: “Tú eres mi hijo amado, tú eres mi hija amada”, y responder con una vida que refleje ese amor en gestos concretos de fe, esperanza y caridad.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**
ASSISTANT PASTOR**"This Is My Beloved Son"**

The Feast of the Baptism of the Lord brings the Christmas season to a close and solemnly opens the path of Jesus' public ministry. It is not merely the remembrance of a ritual act, but a profound revelation of how God acts and of the way Christ chooses to save us. At the Jordan River, Jesus reveals himself not through power, but through humility; not through distance, but through closeness to sinners.

In the first reading, the prophet Isaiah presents the figure of the Servant of the Lord, chosen and upheld by God, in whom He delights. This Servant is not a violent leader nor a conqueror who imposes his strength. He is gentle and faithful, one who does not break the bruised reed or extinguish the smoldering wick. His mission is to restore, to heal, to liberate, and to return dignity to those who have lost it. This passage sheds powerful light on the baptism of Jesus: He is the promised Servant, sent to open the eyes of the blind, to free captives, and to bring those who dwell in darkness into the light. From the very beginning of his mission, Jesus presents himself as the one who takes upon himself human fragility in order to transform it from within.

In the Acts of the Apostles, Peter proclaims a central truth of the Christian faith: God shows no partiality. Jesus of Nazareth went about doing good and healing all who were oppressed, because God was with him. The baptism in Jordan marks the beginning of this path of service. Anointed by the Holy Spirit, Jesus does not keep this anointing for himself, but turns it into a mission. His entire life becomes a constant gift on behalf of the wounded, the excluded, and the forgotten. The Spirit he receives does not separate him from the world, but sends him into the very heart of human history.

The Gospel according to Matthew brings us to the climactic moment: Jesus comes to John to be baptized. He does not do so because he needs repentance, but to fulfill all righteousness. He places himself among sinners, immerses himself in the waters where so many seek conversion, and there God reveals himself fully. The heavens open, the Spirit descends, and the voice of the Father declares: "This is my beloved Son, with whom I am well pleased." In this moment, the mystery of the Trinity is revealed, and the true identity of Jesus is made known: the beloved Son, living in complete communion with the Father and in perfect openness to the Spirit.

This feast invites us to return to our own baptism not as a distant memory, but as a living and ongoing call. In baptism, we too have been immersed in God's love, anointed by the Spirit, and called sons and daughters. To be baptized is to embrace the same path chosen by Jesus: a path of humility, service, faithfulness, and commitment to the justice of the Kingdom. It means allowing the Spirit to move us to go about doing good, to heal wounds, to bring light into darkness, and to build a Church that is close, compassionate, and faithful to the Gospel.

To celebrate the Baptism of the Lord is to renew our identity and our mission. It is to hear once again the voice of the Father saying to us, "You are my beloved son; you are my beloved daughter," and to respond with a life that reflects that love through concrete acts of faith, hope, and charity.